

**LA VIDA HUMANA
EN SU MEDIO AMBIENTE**

Por el Académico DR. **EUGENIO PUCCIARELLI**

LA VIDA HUMANA EN SU MEDIO AMBIENTE

Por el Académico DR. EUGENIO PUCCIARELLI

Nadie ignora que la vida humana se desenvuelve en un medio ambiente que le sirve de morada, al que se adapta no siempre sin esfuerzo, del que extrae su alimento y en el que construye su vivienda. Tampoco se ignora que de todas las especies vivientes, la humana es la que mejor tolera todos los climas, por ásperos que sean, lo cual explica su extraordinaria difusión por toda la superficie del globo. Y, finalmente, se sabe que desde la aparición de la especie los hombres se han esforzado por modificar el medio ambiente, tarea silenciosa, constante y obstinada que se suele presentar como el proceso de "humanización de la naturaleza", y que ésta resulta ser el espejo a veces plácido, a veces irritado, del hombre mismo, impaciente por buscar lo que necesita para satisfacer sus necesidades, las más apremiantes o las que entran en la categoría del lujo o del deporte.

Adaptación y transformación van de la mano, pero la segunda, más enérgica que la primera, va desplazando a su rival y finalmente el hombre se adhiere al mundo forjado por su actividad, casi con olvido del seno materno que le viera nacer. En ese mundo artificial, donde el contacto con la naturaleza es cada vez menos frecuente, el hombre goza de sus beneficios pero también tiene que soportar sus malestares, que no son otra cosa que los re-

sultados no buscados ni deseados de su ingente labor de transformación. La naturaleza que, en el plano de la mera teoría, se ha presentado sucesivamente como organismo, máquina y proceso, a tono con los esfuerzos realizados para entenderla, parece empobrecerse en medio de la opulencia de la vida humana. Es cierto que ha crecido el dominio sobre lo real, que se fabrican, en cantidad creciente, los objetos más inverosímiles, pero también han disminuido las especies vivientes, sacrificadas a la voracidad de los conquistadores o al afán destructor que no reconoce limitaciones ni tiene piedad por lo que destruye. Así se explican el despilfarro de los recursos naturales, el agotamiento de las reservas no renovables, pero necesarias para la vida del hombre en las condiciones de comodidad creciente que le brinda el mundo forjado por su trabajo y su imaginación insaciable. Se explica la ruptura del equilibrio entre el hombre y el medio, que pone en peligro de extinción a la especie entera. La ciencia y la técnica han entregado inauditos recursos a la avidez de los hombres. Con ello han apresurado su agotamiento: la deforestación, que ha privado al planeta de bosques enteros y entregado las tierras al cultivo intenso, ha empezado a reducir peligrosamente el rendimiento de los suelos, acabando por desatar el fenómeno de la erosión que transforma las llanuras pastoras en desiertos improductivos. Los plaguicidas y los pesticidas para preservar la producción de los sembrados se han difundido más allá del área prevista, y han contaminado los frutos de la tierra. También su empleo se ha vuelto contraproducente porque los insectos a los que estaban destinados se han vuelto resistentes, inmunes a su agresión, logrando efectos inversos a los que se buscaban.

No menos preocupante es el fenómeno de la explosión demográfica que provoca la superpoblación del planeta, lo cual arrastra un cortejo de consecuencias negativas: alimentación, salud, educación imposibles de ser atendidas con la eficacia que reclaman las funciones inherentes a cada una. Ha surgido el espectro del IV mundo, alojado, con todas sus lacras, de las cuales la menor no es la drogadicción, en el primer mundo que se imaginaba al abrigo de este peligro. Los episodios bélicos, agrandados por la potencia de las armas a disposición de los litigantes, pro-

ducen estragos que nadie imaginaba, y con mayor razón en épocas en que menudeaban las declaraciones en favor de la justicia y de la paz.

En un proceso varias veces milenario, pero acelerado en los últimos tiempos, se ha producido un desplazamiento de la vida humana desde un medio ambiente en que prevalecía inicialmente una naturaleza más hostil que amiga, a un nuevo medio, en rápida modificación, que oculta a la primitiva naturaleza y la encasilla en sistemas de formas artificiales imaginadas por el hombre para poder dominarla a gusto. Este proceso, que tiene dos caras, se llama "humanización de la naturaleza" y "liberación del hombre".

El resultado, como todo lo atinente a la existencia del hombre, es ambivalente, y esto en varios sentidos: con el avance de la ciencia se incrementa el saber pero al mismo tiempo se expande el poder del hombre hasta límites donde no le resulta fácil controlar. De donde resulta que, en esta situación, la mano enérgica de la técnica científica arrastra al hombre más allá del límite en que se ejercita su actividad controlada y le depara sorpresas ingratas y que no está en condiciones de dominar. Pero el mismo saber, a pesar de su incremento que lo hace inabarcable para el individuo mejor dotado y obliga a especializarse en un sector cada vez más pequeño, se ha tornado inseguro y frágil, ha perdido la solidez, tal vez más aparente que real, que detentaba en épocas anteriores. La liberación de los prejuicios, que antes oscurecían el horizonte de todo saber, no ha podido impedir que surjan otros motivos de vaguedad, inseguridad, falta de fundamento claro. El hombre, que se afanaba por ampliar su saber entendido como instrumento de liberación, teme ahora no haber alcanzado la meta de la anhelada liberación. Se siente esclavo de las rutas por donde lo ha empujado la moderna tecnología, e incapaz de recobrar la inocencia perdida. No padece menos la misma naturaleza sometida ahora al poder de dominación del hombre que, más allá de toda posibilidad de control, se ve despojada de una parte de sus cualidades y sometida al imperio de la cantidad, único que interesa a los efectos de su posible dominación. Finalmente, la manipulación de la naturaleza por obra del hombre libera energías negativas que conspiran contra la

vida, al destruir el medio ambiente natural y exponerlo a la difusión de elementos contrarios a aquélla.

La filosofía, en la medida en que se presenta como un saber con vocación por la totalidad, no puede ser indiferente a temas que, aparte de su significación peculiar, atañen al porvenir del hombre. Se trata nada menos que de la ruptura, cada vez más acentuada, del equilibrio entre el hombre y su medio ambiente asediado por el riesgo de poner en permanente peligro el futuro de la especie. La filosofía de la existencia, por el acento con que cultiva las cuestiones relativas al hombre concebido como individuo inserto en un medio social e histórico, se ha preocupado por estos problemas. Pero igualmente, más allá de las pretensiones de universalidad que alegan otras corrientes, la ética, como disciplina filosófica, se ha ocupado de ellas en estilos diferentes según la orientación de los sistemas.

Por necesidad de simplificación, distinguimos dos tipos de ética, la que pone el acento en la intención y exalta el significado de la subjetividad, no vacilando en algunos casos en aislar al individuo de su medio y pensar en su perfección, y la opuesta a ella, la que insiste en la importancia máxima de la responsabilidad y por lo tanto juzga la conducta a través de la obra que se realiza en un medio natural e histórico y social y que afecta a todos los miembros de una comunidad y, más allá de este círculo, a las restantes comunidades incluyendo no sólo las contemporáneas sino también las venideras.

En poco ayuda a atenuar (y en el caso limita) o a suprimir el problema de nuestro tiempo, una ética que se declare suficiente con el esfuerzo (aun fracasado) del individuo que ajusta su conducta a la norma y se desentien- de de las consecuencias de su acto.

El agente moral que toma una decisión y la ejecuta o la entrega a manos de terceros para convertirla en hecho, es responsable de lo que hace o incita a hacer. La acción ha de serle imputada; es suya sean cuales fueren las presiones sociales que incidan sobre el proceso entero de su decisión y de su posible resultado. En consecuencia, está expuesto a que recaiga sobre él la sanción correspondiente.

La responsabilidad recae sobre el agente moral, pero se deja sentir en todos los frentes afectados por los efectos

de la acción. El propio agente puede experimentar indirectamente su responsabilidad cuando recibe una sanción, ya sea jurídica, por la transgresión a las leyes del país en que habita, ya sea moral, si no tiene una calificación en los códigos de la época y sólo se deja sentir en las reacciones de la conducta de sus contemporáneos con los que vive en trato frecuente. La sanción es aplicada por la institución a que pertenece el agente o por sus familiares y amigos, cuando, por ejemplo, cancelan una amistad o retiran el saludo. Son maneras de tomar conciencia de la propia responsabilidad.

También, sin que obren factores exteriores al agente moral, la propia conciencia del individuo, al volverse reflexivamente sobre sí misma y meditar acerca del alcance de la acción realizada, se aplica a sí misma una sanción que es moral y puede consistir en el arrepentimiento, la vergüenza, el deseo de enmienda, tres actitudes que indican una manera de sentirse responsable.

El prójimo que padece las consecuencias de la acción ajena puede estar cerca o lejos, próximo en el espacio o alejado, y distante en el tiempo, porque los efectos negativos de la acción, que parecía inocente y resultó no serlo, afectan a las generaciones del futuro. Todo lo que afecta a nuestro medio ambiente prolonga sus efectos en el tiempo. En cualquier caso, la sanción es aplicada dentro de un presente y con relación al posible daño que pueda afectar a los contemporáneos. Pueden aplicarla también los miembros de una generación que correspondía al futuro cuando se realizara, pero que, en virtud del movimiento que atribuimos al tiempo, es ya parte de otra época que se siente defraudada u ofendida por las consecuencias un poco lejanas de la acción.

La responsabilidad es siempre personal, pero el individuo puede obrar en la función pública, dentro del juego de una institución oficial ajustando su conducta a leyes que él no ha dictado. En ese caso la responsabilidad parece diluirse y acaso repartirse entre una multiplicidad de actores situados en niveles diferentes y acaso también en tiempos distintos dentro de la estructura institucional del país. No se amengua la importancia de la responsabilidad y quizá, visto a la luz del derecho positivo, habría que tomar en cuenta la indemnización por el perjuicio causado

por una acción que en su punto de partida no dejaba percibir la extensión de sus efectos. Los particulares tendrán derecho a la indemnización, acaso también del Estado y, en el foro internacional, otros países, por el perjuicio que viene de más allá de sus fronteras.

Esto invita a considerar como importante, en sí misma valiosa, la solidaridad entre personas, instituciones, gobiernos, Estados. El respeto a la naturaleza es un deber personal, nacional, internacional en virtud de la interacción de causas que concurren en todas las acciones que afectan la integridad del medio ambiente. Es un problema supranacional, cuya gravedad se percibe hoy a consecuencia de una acción de depredación de los recursos del planeta que afecta a todos los miembros de la humanidad.

Sólo una ética de la responsabilidad solidaria parece adecuada para estimular el sentido de la responsabilidad en el marco de los problemas que conciernen a la relación de hombre y medio ambiente.

El hombre contemporáneo se siente amenazado hoy como nunca lo estuvo en su historia, y esta situación afecta a todos y cada uno de los individuos de la especie, lo cual confiere un alcance universal a las preocupaciones éticas. Se exige hoy, con más energía que nunca, responsabilidad y solidaridad como conductas decisivas para la supervivencia de la especie amenazada de extinción. Las filosofías del presente así lo proclaman.

Es cierto también que los sistemas filosóficos se suceden en el tiempo, mantienen entre sí una actitud crítica que se empeña en denunciar olvidos y errores y poner al descubierto supuestos no advertidos debidamente en etapas anteriores. En eso consiste el sesgo polémico de la vida de la filosofía. Los sistemas pasan después de haber acaparado la atención de generaciones enteras. Los problemas permanecen y las dos exigencias de responsabilidad y solidaridad trascienden este minuto histórico en que gozan de gran favor para proyectarse en el futuro inmediato y tornarse más imperativas mientras persisten los desequilibrios de la vida contemporánea.

No se trata de abandonar el programa, propio de cada nueva filosofía, de alcanzar una fundamentación última y absoluta de los principios que han de garantizar una existencia perdurable y realmente humana. Teniendo en

cuenta lo fáciles y frecuentes que son las críticas de todo intento de fundamentación que asegure una vigencia histórica indefinida de los principios que se aspira a hacer valer, hoy se trata de rescatar el esfuerzo destinado a dar razón de las opciones y valoraciones vividas en el nivel de la existencia cotidiana.

No se trata de afianzar dogmas morales, y mucho menos de consolidar viejas prácticas que el progreso ha tornado obsoletas, sino del empeño más modesto y eficaz de hacer entender la razonabilidad de los principios que inspiran nuestra acción cotidiana.

La reflexión ética se desenvuelve en dos planos: el primero, inexcusable, concierne a los temas de norma, obligación y sanción, que presupone la existencia y el ejercicio de la libertad; el segundo es la fundamentación de los principios morales con la mira puesta en la justificación de su vigencia. Se trata en este caso de afirmar su vigencia universal sin desmedro de la pluralidad de culturas, cada una de las cuales se empeña en preservar su idiosincrasia, rasgo que asegura el carácter personal de las conductas individuales. En la base de este complejo edificio han de señalarse las condiciones que permiten la prolongación indefinida del esfuerzo moral, es decir la supervivencia, hoy amenazada y a corto plazo, de la especie humana. Responsabilidad y solidaridad se ofrecen hoy como las conductas adecuadas a esta hora de crisis. Esforcémosnos por consolidarlas.